

tensión, continuadora de la coexistencia pacífica de la etapa Jruschov. Ciertamente, el mundo ha cambiado mucho desde entonces, si por mucho entendemos lo que significa China en la actualidad y la ampliación de la Unión Europea y de la OTAN mediante la incorporación de naciones del este de Europa. Y ya no se aplica en Moscú el derecho de intervención en defensa del socialismo como bien común superior...Sin embargo, Rusia, y no solo ella, también Estados Unidos, sigue aplicando la doctrina de soberanía limitada a algunos de sus vecinos. Por este motivo, la autora señala en el prólogo de la obra que la Rusia dirigida por Putin está "empeñada en recuperar el esplendor perdido y en encontrar su razón de ser basándose en el afianzamiento de sus propios valores y en un nacionalismo patriótico y eufórico encauzado hacia la grandeza interior y el aseguramiento exterior como potencia global de primer nivel". ¿Es una crítica?, ¿no es, simplemente, lógico que sea así? Son formas de ver las cosas. En general, los analistas occidentales critican con dureza la actuación rusa en la reciente crisis de Crimea. Pero, algunos, olvidan que, nada más acceder al poder, Jruschov, nacido cerca de la frontera actual ruso-ucraniana, hizo que Rusia cediera Crimea a la República Socialista Soviética de Ucrania. Desde Rusia se preguntan: ¿Por qué tanto escándalo en Occidente cuando el gobierno de Putin ha reclamado el territorio y, tras las negativas de Ucrania, ha recuperado Crimea por la fuerza?

Pérez Herrera, Gema, José Pedro Pérez-Llorca. *Una biografía política*, Madrid, Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado y Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2020 (Col. Derecho Público), 408 pp.

Por Julio Pérez Serrano
(Universidad de Cádiz)

El periodo de la Transición española a la democracia es, sin duda, uno de los más tratados por la historiografía. Su poderoso impacto sobre la memoria de las generaciones vivas hace que el interés no decaiga, al tiempo que los acontecimientos insisten en recordarnos la vigencia aún hoy de algunos de los debates y preocupaciones que marcaron aquel tiempo. Si echamos un vistazo a la producción historiográfica veremos cómo inicialmente predominaron los relatos que hacían hincapié en el rol protagónico de figuras singulares, como el rey Juan Carlos, Torcuato Fernández Miranda o Adolfo Suárez, vistas como muñidores o artífices del cambio político. Poco a

poco los actores colectivos fueron entrando en escena, de la mano de nuevos relatos que ponían el acento en los procesos sociales. Partidos, sindicatos y movimientos fueron en esta segunda fase objetos de una investigación más apegada a la realidad que logró poner en evidencia la complejidad y las incertidumbres de un cambio político, social y cultural que distaba mucho de ser obra solo de audaces "pilotos" o "arquitectos" que operaban secretamente en la cúspide del Estado.

La obra de Gema Pérez Herrera se inscribe en los albores de una tercera etapa, en la que la historia vuelve la mirada a los individuos, pero no ya producto de una inmediatez sesgada por pretensiones hagiográficas o pedagógicas, sino todo lo contrario, para centrar la mirada, ya con la suficiente distancia, sobre esa nutrida "segunda línea" de personajes que contribuyeron de forma concreta a poner en pie el sistema democrático. No es la primera ni será la última vez que se incorpore una biografía política al (por desgracia, inexistente) panteón de hombres y mujeres ilustres de nuestra democracia. Pero sí es un hito, tanto por la relevancia del personaje como por la calidad de la obra, en la que la autora ha sabido combinar una meritoria indagación biográfica con un análisis fino de las cualidades políticas que José Pedro Pérez-Llorca acreditó como hombre de Estado.

El gaditano que es objeto de este libro, fue producto de una época trascendental en la historia de España, pero también de una familia y de una ciudad, con sólidas raíces liberales y antecedentes masónicos. Sus ancestros y también su hermano mayor, Jaime, que fue senador socialista (y recordado amigo), representan fielmente los valores y las prácticas de una clase profesional ilustrada que, alejada del ideal revolucionario, tampoco se sintió nunca cómoda con la dictadura. Esta filiación reformadora, racionalista y pragmática, es especialmente acusada en la trayectoria de José Pedro, que orientó su carrera hacia el mundo tasado del derecho, mientras que Jaime, más apasionado y comprometido, continuó la tradición médica familiar. Ambos compartieron, sin embargo, el interés por los asuntos internacionales, en el caso de José Pedro a través de la carrera diplomática y por su desempeño como Ministro de Asuntos Exteriores, que lo llevó a materializar el ingreso de España en la OTAN, un ámbito que también Jaime transitaría poco después como miembro destacado de la delegación española en la Asamblea del Atlántico Norte.

La obra posee una estructura cartesiana que nos permite comprender cómo se forja el carácter y va definiéndose el perfil político del personaje. Un primer capítulo está dedicado a sus orígenes familiares, su formación universitaria y los comienzos de su actividad profesional hasta desembocar en el compromiso político con el proyecto centrista. Se nos revela aquí una persona dotada de inusitada elocuencia y extraordinaria capacidad para la negociación, cualidades que le acompañarán a lo largo de toda su carrera. El segundo capítulo reconstruye su destacado papel, ya como diputado y portavoz parlamentario, durante el proceso constituyente, una etapa en la que no sin fundamento recibió el apelativo de “zorro plateado”. La sólida formación jurídica que poseía, combinada con su brillante oratoria y una habilidad natural para facilitar el acuerdo, sin renunciar nunca a los principios, lo situaron en la ponencia constitucional, convirtiéndolo en uno de los siete padres de la Constitución Española de 1978.

Tras las elecciones de 1979 revalidó su escaño y, pese a su juventud, pues apenas contaba treinta y ocho años, fue nombrado ministro de la Presidencia en el tercer gobierno de Adolfo Suárez. Su recorrido en esta I Legislatura (1979-1982) ocupa la segunda parte del libro. El tercer capítulo se centra en la cuestión autonómica, uno de los ámbitos que ya se habían manifestado como más problemáticos en el debate constitucional y que constituyó un permanente quebradero de cabeza para el político gaditano. Desde su ministerio, Pérez-Llorca debió atender de forma preferente la relación con los gobiernos preautonómicos y afrontó una dura negociación jurídica y política en el proceso de redacción de los primeros Estatutos, los de las llamadas nacionalidades “históricas” (País Vasco, Cataluña y Galicia), lamentablemente con escasos frutos.

El cuarto capítulo se centra en el año decisivo de 1980, jalonado por tres crisis que la autora va encadenando con maestría en su relato. La primera fue producto del cuestionamiento del modelo autonómico en algunos territorios, en la que marcó un hito la rebelión cívica de Andalucía, plasmada en el referéndum del 28 de febrero, por la “autonomía plena”, que fracturó el partido y asestó un golpe mortal al ya debilitado gobierno de la UCD. La segunda, con epicentro en el propio partido, derivó en un reajuste ministerial que reubicó a Pérez-Llorca como ministro de Administración Territorial, lo que no le permitió evadirse de continuar a cargo de la enconada

negociación autonómica. La tercera, de nuevo con efectos sobre el partido y el gobierno, marcó el agotamiento del ciclo reformista liderado por Adolfo Suárez y se cerró en falso con una nueva reestructuración del gabinete que permitió, al fin, al gaditano desvincularse del enquistado y en apariencia irresoluble problema territorial, asumiendo la cartera de Asuntos Exteriores en el mes de septiembre.

Este último periodo al frente de la diplomacia española, que culmina dos años más tarde con la derrota electoral de la UCD, ocupa el quinto y último capítulo de este libro, el más extenso y quizá también el más clarificador, pues en esta última etapa la autora se sitúa ya en una atalaya que le permite observar con mayor claridad y sentido el itinerario completo de este político. De nuevo se hacen aquí visibles las dotes pragmáticas y la altura de miras que, como hombre de Estado, caracterizan al personaje, capaz de encauzar en condiciones especialmente adversas, que incluyen el golpe militar frustrado perpetrado el 23 de febrero de 1981, una negociación que terminará anclando a España en el espacio atlántico tras la firma del tratado de adhesión a la OTAN. Al mismo tiempo, también estos dos años de Pérez-Llorca al frente de la política exterior fueron cruciales para dar el impulso final a la integración de nuestro país en el Mercado Común.

La llegada del PSOE al gobierno tras su rotunda victoria electoral en octubre de 1982 supuso también la retirada de Pérez Llorca de la primera línea política y el retorno a la actividad profesional y académica en el campo del Derecho, un ámbito en el que fue capaz de construirse una “segunda vida”, mucho más prolongada y discreta, pero marcada igualmente por el signo del éxito. Como se resalta en el balance final de la obra, el talante abierto del personaje y su perfil de hombre de Estado explican el reconocimiento unánime de que goza su figura, en cuya intensa trayectoria política, donde abundan los éxitos, resalta especialmente el fracaso que, pese a sus esfuerzos, cosechó en la cuestión autonómica. Ni el saber hacer de que hacía gala ni sus reiterados intentos por introducir racionalidad en este debate lograron asentar un acuerdo estable con los partidos nacionalistas mayoritarios en Cataluña y País Vasco en torno a la idea de una España autonómica, plural y a la vez unida, homologable con la de otros Estados europeos.

No quisiéramos finalizar sin hacer un reconocimiento expreso al trabajo que realiza el Grupo

de Investigación en Historia Reciente (GIHR) de la Universidad de Navarra, liderado por el profesor Pablo Pérez López, en el que se inserta esta obra, fruto de la tesis doctoral de su autora. Entre los muchos méritos de este equipo cabe señalar su labor en la recuperación documental y en la producción historiográfica referida a los proyectos reformistas que contribuyeron al restablecimiento de la democracia en España². Sin duda, es en este vivero académico en el que esta obra adquiere su auténtica dimensión como aportación relevante al conocimiento de los hombres y mujeres que formaron el centro político en los años de la Transición a la democracia, un actor colectivo más diverso y complejo de lo que a menudo se piensa, al que todavía la historiografía no ha prestado la necesaria atención. Confiamos en que esta línea de investigación continúe desarrollándose con la misma brillantez que hemos observado en este modélico libro.

Rivera, Antonio y Mateo, Eduardo, *Fernando Buesa, una biografía política. No vale la pena matar ni morir*, Madrid, Catarata, 2020.

Por David Mota Zurdo
(Universidad Isabel I)

El 22 de febrero del año 2000, Fernando Buesa Blanco y Jorge Díez Elorza fueron asesinados por el comando Ituren de ETA en Vitoria. Al día siguiente, Pedro Gorospe, periodista de *El País*, relató el magnicidio de la siguiente manera:

“una furgoneta cargada con más de 20 kilos de explosivos puso fin ayer en el campus universitario de Vitoria a la vida del portavoz del PSE en el Parlamento vasco, Fernando Buesa, de 53 años, casado y con tres hijos, y a la del ertzaina que le escoltaba, Jorge Díez Elorza, de 26 años y soltero. Los terroristas de ETA tenían a la vista al parlamentario y su escolta cuando a las 16.38 accionaron el mando a distancia que provocó la explosión y la muerte del ex vicepresidente del Gobierno autónomo, uno de los políticos más críticos con la banda y su entorno político”³.

El atentado mortal se produjo escasamente un mes después de que ETA asesinara al teniente coronel Pedro Antonio Blanco, con el que se rompió la tregua que la propia organización terroris-

ta había establecido en septiembre 1998 para que todas las fuerzas nacionalistas vascas se congregaran en el municipio navarro de Estella e iniciar «un proceso de diálogo y negociación» que favoreciera el diseño de una estrategia conjunta que permitiera la obtención de la independencia del País Vasco. Este encuentro, que se selló a través del conocido como «Pacto de Lizarra», dejó fuera a las fuerzas no nacionalistas; es decir, los dos grandes partidos del panorama político español de la década de 1990: PP (en el Gobierno) y PSOE. Tal circunstancia puso de manifiesto que la vasca era una sociedad fragmentada, en la que el nacionalismo vasco se enfrentaba con aquellas sensibilidades políticas contrarias a traspasar líneas rojas, que eran contrarias a realizar concesiones políticas para poner fin al terrorismo; y que, en definitiva, eran reacias a que el fin de ETA fuera negociado políticamente. Fernando Buesa, como se desprende de la obra aquí reseñada *Fernando Buesa, una biografía política. No vale la pena matar ni morir*, fue uno de ellos.

Escribir una biografía política no es una tarea sencilla. Es fácil incurrir en el error, muchas veces inconsciente, de “enamorarse” del personaje, ofreciendo una imagen estereotipada y heroizada del rememorado. Igualmente, hay casos en los que los autores del relato realizan abiertamente un relato hagiográfico, que se basa en un uso ventajoso de la retrospectiva. Los autores de este tipo optan por presentar al biografado como una figura cuasi-omnímoda, situada en el lugar adecuado y en el momento oportuno, eclipsando conscientemente aquellos espacios grises de su trayectoria personal y política, las cuáles deciden introducir en el baúl de los recuerdos, cerrarlas bajo llave y tirarlo al mar, creyendo así que nadie podrá desvelar su lado más lóbrego. En muchos casos, suelen ser obras descontextualizadas, unas crónicas sin orden, ni concierto que deliberadamente tratan de deformar la realidad y desvirtuarla. Textos que, en definitiva, buscan construir una historia paralela, un relato que pugne con el auténtico para lograr imponerse y recordar al biografado como el adalid de los demócratas, el padre de la patria o el motor de la reforma social de un determinado país. Por el contrario, hay otro tipo de obras realizadas con la finalidad de conocer y entender al personaje en toda su integridad, valorando sus aciertos y errores, sus virtudes y defectos y sus claroscuros. De este modo es como se humaniza al biografado, como se descifra cuál fue su impacto sobre la sociedad de su tiempo y los porqués, si procede,

² Vid. Pérez López, Pablo (coord.), “El centro político en la transición”, dossier en *Historia del Presente*, 36/2 (2020), pp. 5-94.

³ *El País*, 22 de febrero de 2000.